

El sentido político de la vista

Nacho Duque García

Nanni Balestrini, *Los invisibles*,
Madrid, Traficantes de sueños, 2007.

«Tienen los ojos intercambiables, y quien quiere se los quita y los conserva hasta que no tenga necesidad de mirar: así, después de habérselos metido, nos ven; y los hay muchos que, aún habiendo estropeado los suyos, ven usando aquellos de los otros»
(Luciano de Samósata, *Historia verdadera*).

«¿Hasta qué punto se puede decir que la mirada de un ser humano es algo físico?»
(Ernesto Sabato, *El túnel*).

Hablar de invisibilidad implica la referencia a dos componentes encontrados: aquellos a los que no se puede ver y aquellos que no ven. De ahí se derivan dos estudios diversos como son, por una parte, el análisis de la propiedad de la invisibilidad y, por otra parte, las causas que convierten a los unos invisibles para los otros. Nanni Balestrini, de sobras autorizado por sensibilidad y biografía, lleva a cabo ambas exploraciones en una historia con inicio pero sin final, sin pausas ni mayúsculas, sin respiros ni lugares de reposo, en definitiva una historia, ésta de *Los invisibles*, escrita sin signos de puntuación, en la que las fracturas obligadas se encuentran en la propia narratividad, del mismo modo en el que las revoluciones se inscriben dentro de la historia. Teniendo esto presente, los puntos, los dos puntos, los puntos y comas, las comas o las comillas resultan así abalorios innecesarios, fútiles elementos que, suprimidos en el texto, nos permiten afirmar que la revolución se hace y también se escribe.

De eso se trata, y es que la obra de Balestrini testimonia el fragmento de una historia, un fragmento revolucionario que sacudió la Italia a finales de la década de los sesenta y durante la década de los setenta, los conocidos como «anni di piombo», los años de plomo y de lucha sincera en los que la ligereza de salón quedó relegada al imaginario del futuro, ese que hoy se empeña en reconstruir la época con banda sonora de los Beatles y con el seiscientos camino del guateque más cercano: clichés de propósito edulcorante que, sin embargo, no logran ocultar la otra cara del periodo, la gestada en los entonces nuevos movimientos sociales, la de las manifestaciones, piedras y adoquines, la de los pasquines clandestinos, reuniones y asambleas, la de las detenciones masivas, la de la represión, la de las palizas en la cárcel. No se trata, por tanto, de una historia sencilla. Además, su pretensión está lejos de un final redentor, lejos, de hecho, de la mera posibilidad de un final conclusivo que cierre el círculo para dar explicación y un sentido definitivo a los sucesos que fueron narrados. Por el contrario, el evento queda en manos del lector para ser pensado, para ser interpretado y para discutirlo; llevadas a cabo estas operaciones, el final permanece abierto, intacto en sus esperanzas, y la redención se desarrolla en el presente, bajo la forma de oportunidades renovadas, basta cerrar el libro y recomponer la mirada, dejarse llevar por

la oferta que de las páginas leídas se desprende: démosle un sentido crítico a nuestras percepciones, empecemos a sentir de nuevo.

Lo que ven los invisibles

Los grados de percepción y las diferencias que entre éstos se establecen fundamentan, por lo general, el primer eslabón del conflicto político y social. Balestrini centra la narración precisamente ahí, en ese punto en el que los sentidos y la razón se entremezclan para configurar una visión problemática del mundo. La historia de estos invisibles se desarrolla en tres espacios diversos que, a su vez, configuran tres momentos de la acción que ellos mismos protagonizan, a saber: por una parte, el marco que describe el proceso de emigración hacia el Norte de Italia, ese contexto de proletarización y de llegada de importantes masas de ciudadanos procedentes de las regiones meridionales del país, tales como Sicilia, Puglia, Campania, Basilicata o Calabria; por otra parte, el inicio de la acción, la toma de posiciones y la ocupación de espacios físicos y representativos dentro de la sociedad; finalmente, el momento de la represión por parte de las fuerzas del estado, el despliegue de los mecanismos coercitivos del sistema y la adaptación de la lucha de los invisibles a las condiciones que se derivan de ese nuevo ámbito carcelario y restrictivo. Conviene aclarar que estos tres niveles en los que se desarrolla la narración, aún cuando pudieran ser interpretados como los tres actos de una obra teatral o como la descripción de un acontecimiento histórico concreto, en forma de causas, desarrollo y consecuencias, no sugieren una linealidad temporal definida y segmentaria sino que, por el contrario, se superponen y se intercalan, se interrumpen los unos a los otros por medio de un recuerdo, un *flash back* con vocación de aposición con sus correspondientes comas omitidas por redundantes. La ruptura de la línea temporal genera, a su vez, una posibilidad interpretativa sumamente interesante por la notable carga política que emana: los tres marcos narrativos caracterizados por Balestrini pudieran estar desarrollándose paralelamente, de ahí el sentido profundo de no concluir con el habitual punto y final ya que estos marcos quedarían proyectados en el tiempo, fuera incluso de las páginas del libro, para alcanzar así nuestros días con prácticas y estrategias diversas, con la mutación forzosa a la que obliga el mundo contemporáneo.

El narrador de toda esta historia nos remite a la vida de la segunda generación de inmigrantes como foco originario de gran parte de las problemáticas que serán abordadas a lo largo de su testimonio. Resulta bastante contundente el inicio de la descripción de este marco socioeconómico tan propio de la Italia de aquellos años:

«Allí donde yo vivía era un pueblo de mierda y también la gente era gente de mierda no me gustaba el pueblo y no me gustaba esa gente pero ese pueblo y esa gente eran iguales en todas partes por esos contornos todos los pueblos eran así todos los pueblos iguales a éste y toda la gente igual a ésta allí por esos contornos esos pueblos si no los conoces si no vives en ellos te puedes confundir con facilidad puedes realmente tomar un pueblo por otro son todos iguales...»¹

Patente es el desencanto de quienes despectivamente eran conocidos en el Norte de Italia como los *terroni*. El vocablo, que aún hoy se usa, ha perdido la fuerza peyorativa que antaño ostentase, conservando, en cambio, una significativa dualidad: retiene, por una parte, el reconocimiento de ese otro que es el meridional, pero este reconocimiento ha pasado a un segundo plano con el crecimiento de la población inmigrante de origen extracomunitario, y denota, por otra parte, un tono nostálgico por

el no tan viejo recuerdo de aquellos días en los que *el otro*, hablaba la misma lengua y compartía no pocas costumbres. Y es que hoy los *terroni* vienen de Senegal, de China o de Rumania, y el extraño de entonces lo es menos en la actualidad, aunque lo siga siendo y aunque dicha condición ayude a sostener, asimismo, el discurso federalista tan en auge en el contexto italiano actual. No sería desdeñable, ni mucho menos, atender de nuevo a estas cuestiones apelando a ese marco del que también se hace eco *Los invisibles*, marco que parece ahora lejano, no tanto por el tiempo transcurrido sino, más bien, por el giro posterior de los eventos y de algunos de sus protagonistas. Balestrini nos ubica en el apogeo del proceso de industrialización italiana, que trajo consigo, desde mediados del siglo pasado, una evidente reconfiguración de la tradicional geografía social. Las oleadas de población venida desde el Sur del país generaron nuevos espacios y modificaron en buena medida algunas de las estructuras sociales que cimentaban la organización del territorio. En el “Prefacio” a la obra de Sergio Bianchi, *La gamba del felice*, Balestrini lo expresaba de este modo: «qui dove un tempo si stendeva l’idillico paesaggio dei *Promessi Sposi* [...] appare a vista d’occhio un misto tra il Bronx e gli sterminati agglomerati urbani giapponesi»². La travesía que va del campo a la fábrica, de los verdes prados a las insalubres fábricas, forma ya parte del imaginario social del país y aún es un vivo recuerdo en una buena parte de sus habitantes. Fue aquél uno de los principios, el primer nivel de percepción de las injusticias y desigualdades que el sistema capitalista genera, frente a ello sólo una respuesta era posible a los ojos activos: cambiarlo todo.

La acción parte de la revelación de problemas a los que se debe hacer frente y, como no podía ser de otro modo, se gesta a partir del reconocimiento de otros individuos que comparten una percepción similar de la situación: la lectura crítica y la interpretación del ambiente dan lugar a la configuración de una amplia solidaridad que modifica ciertas nomenclaturas, de manera que de la unidad se pasa a la colectividad, los extraños comienzan a llamarse entre sí *compañeros* y lo esporádico deja de serlo para formar parte ya de un movimiento. Se cruzan miradas, se rozan cuerpos acalorados en la agitación de la manifestación de una tarde que ya no es como las demás tardes de una vida, se intercambian palabras con un desconocido que también intenta esquivar las pelotas de goma que lanzan los antidisturbios y así, en un instante cualquiera, nace todo. Resulta complejo concederle un sustento teórico tangible al comienzo de la agitación revolucionaria, sobre todo porque, más allá de las causas coyunturales o estructurales y de los dispositivos que se ponen en práctica, no es fácil establecer una hipótesis científica que explique la colectivización de los deseos, como podría decirse recordando a Spinoza, o, en otras palabras, la profunda afinidad originada por la aparentemente fútil mediación de dos ojos y luego cuatro, y después seis y ocho y diez, y así sucesivamente. No son muchas las obras, ni tampoco los autores, capaces de testimoniar el estado febril y lúcido en el que las alianzas y las amistades se consolidan, *Los invisibles* no sólo es capaz de todo eso sino que además, gracias a ello, consigue escapar de los tópicos y de los transitados símbolos en los que los años sesenta y setenta permanecen disecados o reproducidos con cera en un populoso museo en el que huele a muerto. Balestrini se acerca a otros lugares que, por biografía e ideología, apuestan sin tapujos por la vida y por el movimiento, esos mundos gestados en el debate y en una voluntad permanente de cambio. Y es que a lo que precisamente se aproxima este segundo enfoque de la novela no es a otra cosa que a eso que conocemos como «el poder constituyente» y que, de la mano de Negri entre otros, ha pasado a formar parte en nuestros días, como término filosófico y también como praxis de un recuerdo no vivido, de la agenda más inmediata de los nuevos movimientos assemblearios que desde hace una década aspiran originar

una geografía alternativa de la globalización sistémica. Señalaba Negri, en una frase que podría ser perfectamente aplicada a la temática tratada en la obra de Balestrini, que «nada se asemeja tanto al poder constituyente como la negación más profunda, más desesperada y feroz»³. Ahora bien, en el ejercicio refractario protagonizado por los invisibles existe una notable carga propositiva que adquiere forma en todas las acciones que por éstos son llevadas a cabo: desde la elaboración de pasquines, a la ocupación y resignificación de espacios que, de inmediato, adquirirían una nueva utilidad —o, la mayor parte de las veces, simplemente una utilidad— para la comunidad, pasando por todos los intentos de poner en marcha las radios libres, o por la intervención en las fábricas, secundando huelgas o luchando contra los patronos, hasta llegar a la calle en donde las colectividades se disuelven y se convierten en un flujo de personas y de ideas que rememora el poder de esa potencia política a la que Maquiavelo denominó *tumulto*⁴.

Balestrini da a toda su obra un signo distintivo que nos obliga a pensar en la inserción del escrito y de sus personajes dentro de un paradigma colectivo en el que lo privado no tiene más sentido que el de la configuración de diferencias y en el que, a su vez, las diferencias amplían el ámbito del debate y contribuyen decisivamente a la producción de movimiento dentro del propio movimiento. Este signo del que hablamos puede verse en el hecho de que los personajes de la obra queden retratados en forma de mote o de sobrenombre: «Cebolla», «Membrillo», «Ortiga», «Avellana», «Morena» o «Quina» son algunos de los compañeros de viaje; otros, como «Comadreja», se ubicarán en el otro lado de la historia, entre las líneas de la represión. Este no es sólo un recurso estilístico, se trata también, y sobre todo, de un modo determinado de concebir al individuo, desprovisto de nombre y de lo que ello implica, esto es, de una privacidad identitaria que provenga de otro ámbito que no sea la propia acción, de ahí que, por ejemplo, la nacionalidad, la sexualidad o la religión, componentes tan recurrentes hoy en el apelo a la normativización de una identidad occidental estable, resulten obviados por completo en estas páginas. Tal vez sea igualmente invisible la presencia de Nietzsche a lo largo de la obra, aunque no por ello deja de percibirse en la crítica a la noción clásica —moderna— de sujeto. Más aún, resulta inevitable rememorar a algunos de los herederos del pensador alemán, como Maurice Blanchot o Marguerite Duras, que construyeron varios de sus escritos más significativos a partir de esta *deconstrucción* de los conceptos tradicionales de individuo y de sujeto. Si dichas afinidades son aquí conscientes o no, poco importa ahora. Por el contrario, sí que es necesario subrayar la relación directa que existe entre la disolución parcial o total de una concepción del sujeto con una condición comunitaria que todos estos autores dejan traslucir tanto en sus obras como en sus propias vidas. En cuanto a lo que respecta a la trayectoria literaria de Balestrini no es esta la primera vez que se desliza en su literatura un proyecto semejante, ya en la novela *Tristano*⁵ los nombres de los personajes aparecían representados con mayúsculas en lo que tal vez suponía una primera propuesta de entrenamiento de los sentidos y una apertura a un orden alternativo al discurso hegemónico. Volviendo al escrito que ahora nos ocupa comprobaremos que el punto máximo de la invisibilidad es inmediato y no tarda en aparecer ya que el narrador de la historia no tiene atribuido ni nombre, ni apelativo, ni siquiera una mayúscula orgullosa a la que unir su destino, metáfora hermosa de un mensaje evidentemente político: la invisibilidad no está en el objeto que se dice invisible sino, más bien, en un vacío de nuestros ojos.

Si te cortasen a trocitos

Lo visible y lo invisible forman parte de una misma lógica como caras opuestas, de tal manera que lo que afirmamos ver dice tanto de nosotros y de nuestro tiempo como lo que no somos capaces de ver o, lo que es lo mismo, lo que consciente e inconscientemente vemos e ignoramos nos termina por configurar como individuos y como seres sociales. Pero, más allá de la percepción que podamos tener de ello, gracias a esta confluencia de los planos opuestos dentro de una misma perspectiva temporal —histórica y narrativa—, dos elementos más los vinculan directamente y nos convierten a nosotros mismos en voluntarios portadores de una u otra propiedad, estos dos elementos no son otros que la interpretación y la crítica, sin su presencia este segundo ángulo desde el que se desarrolla la empresa de los invisibles queda immaculado, como si nada hubiera ocurrido, como si aquellos acontecimientos no fueran capaces de trascender más allá de las fotografías que generaron, como si cada uno de los personajes que en el libro se dan cita permanecieran encerrados para siempre entre los muros del evento.

Si la acción o su ausencia se presentan a sí mismas como los puntos álgidos e indiscutibles que definen y caracterizan las diversas posiciones que los individuos asumen dentro del movimiento político, lo cierto es que también aquí o, mejor dicho, sobre todo en este ámbito es necesario hacer uso de la interpretación que nos conduzca a una lectura crítica y profunda del fenómeno. La introducción de Raúl Sánchez Cedillo, titulada “Qué hubiera sido de nosotros...”, advierte precisamente de algo que podríamos designar como una duplicidad interpretativa que encierra el libro de Balestrini y que no es otra cosa que la doble lectura a la que estamos invitados. No sería descabellado afirmar que *Los invisibles* es la historia de un fracaso, el proceso del desengaño político o la verificación de la soledad agónica que persigue incansable al militante político. Las desertiones, la droga y la adicción, la policía y las Brigadas, la muerte y el terrorismo, todo ello está presente en la obra, como están presentes también los arrestos injustificados, los interrogatorios infinitos, la tentación de la traición y la cruda traición, la justicia brutal, la ley del presidio, las palizas y la venganza. Eso duele, como duele la visión del compañero al otro lado del cristal de las visitas, irreconocible, como también el preso es irreconocible después de los palos, de los puñetazos y de las patadas, aunque detrás de las magulladuras uno fuera el mismo y el compañero fuera ya *otro*, simplemente porque ya no se reconoce cuando mira al lacerado. Fabrizio De André lo escribió en verso:

«T’ho incrociata alla stazione
che inseguivi il tuo profumo
presa in trappola da un tailleur grigio fumo
i giornali in una mano e nell’altra il tuo destino
camminavi fianco a fianco al tuo assassino»⁶.

Y así acaba todo, al menos para algunos, seguramente para aquellos que a las promesas les llaman delirios y a la ideología la conocen hoy como un «pecado de juventud». Pero ¿y «se ti tagliassero a pezzetti»? ¿y «si te cortasen a trocitos»? La revolución estructural, uniforme y homogénea era, ya en los setenta, un fenómeno pretérito; el Partido, con sus directrices clásicas, ya no podía guiar ni monopolizar la tutela del movimiento y, por su parte, el proletariado se descubría como un sujeto insuficiente a la hora de analizar a los protagonistas de la acción. En un diálogo de 1972 con Michel Foucault, Gilles Deleuze apuntaba a lo que denominó como «inversiones de

deseo» para explicar la deriva de algunos de los agentes que hasta esos años habían sostenido la promesa del cambio: «la naturaleza de estas inversiones de deseo sobre un cuerpo social», señala Deleuze, «es lo que explica por qué los partidos o los sindicatos, que tendrían que tener inversiones revolucionarias en nombre de los intereses de clase, pueden tener inversiones reformistas o perfectamente reaccionarias a nivel del deseo»⁷. *Los invisibles* dan cuenta de todos estos factores, del mismo modo que, acaso desde el punto de vista obrero, también se daban cita en *Lo queremos todo*⁸. La paulatina fractura del movimiento, tangible y evidente desde el 68, no implicaba tanto la necesidad de instalarse en un pensamiento post-revolucionario o, si lo preferimos, post-utópico o, incluso, postmoderno, sino, más bien, en una adaptación a nuevos modelos de resistencia y de confrontación frente al desarrollo del poder capitalista. Años después, en un texto de 1978 titulado “Spinoza y nosotros”, Deleuze incidía en las implicaciones de las transformaciones que ya se vislumbraban diez años atrás: «ya no hay sujeto, sino tan sólo estados afectivos individuales de la fuerza anónima. Aquí, el plan sólo retiene movimientos y reposos, cargas dinámicas afectivas; se percibirá el plan con lo que el plan nos hace percibir, y progresivamente»⁹.

Sin embargo, la ausencia de un sujeto no implica un bloqueo de la acción. Es más, como deja ver el tercer nivel narrativo de la historia de estos invisibles, la aparente quiebra del movimiento no es tanto una herida que desangra las posibilidades revolucionarias como una hendidura producida en la superficie de la estructura del sistema que da acceso a nuevos frentes de lucha y a nuevas alianzas. La cárcel es, como revelaba Foucault, otra institución destinada a «reaccionar frente al peligro»¹⁰; las palizas, siguiendo con el filósofo francés, una muestra de cómo las redes de poder alcanzan y, sobre todo, inciden en el control de los cuerpos¹¹. El presidio da lugar, además, a la línea argumental más amplia de la obra, línea que se despliega intercalándose con otros pasajes, rompiendo la estricta linealidad temporal de los hechos. La reclusión, tal y como la describe Balestrini, implica también un largo proceso que va desde la detención hasta el juicio, pasando por la celda, etc., suponiendo, a su vez, un vehículo del capitalismo para la producción de subjetividad o, dicho de otro modo, el intento por parte de las instituciones gubernamentales de romper la cadena de solidaridad que vincula al nuevo preso con el resto de sus compañeros. La consecuencia que atañe al movimiento es doble: por un lado la obligada resistencia y, por otro, la adaptación a un nuevo contexto. Es así como la cárcel se convierte en un nuevo espacio de luchas, en un nuevo lugar para generar otras alianzas y para redefinir y adaptar los antiguos conceptos que fuera de las rejas dieron sentido a la existencia de ciertos individuos, del grupo, de los amigos, de ahí que el narrador, en un momento dado, no dude en destacar «la gran solidaridad que había entre todos los compañeros por encima de las posiciones políticas diferentes»¹². Esa no es sólo una contestación, es también la propuesta original de quienes contemplan nuevos modos de confrontación y nuevas estrategias adaptadas a los mecanismos integrantes del sistema carcelario. La que Guattari denominase como «revolución molecular»¹³ estaba ya gestándose en esas condiciones con explícitas nomenclaturas tales como la «operación Niágara» o la «guerra bacteriológica».

Es evidente el contraste existente entre la voluntad de cambiar el mundo y la de inundar con agua y residuos el interior de la cárcel. Ahora bien, el brío que requiere la sensibilización por este tipo de experiencias y por la narración de las mismas, así como el estudio teórico que de ellas puede derivarse, nos instala, precisamente, en la necesidad de reconducir el pensamiento de lo molecular no ya a un paradigma

internacional, sino, más bien, a la renombrada globalización. ¿Es posible globalizar lo subjetivo? ¿Cómo hacer que el evento sobrepase la anécdota para llegar al proyecto? Los modos, las posibilidades, los inconvenientes, los *pros*, los *contras*, los *peros* y todas las demás adversidades que se desprenden de estas cuestiones llenan hoy librerías, periódicos, programas de televisión y páginas de Internet. Forma parte de la agenda filosófica contemporánea, como de todas las ciencias sociales en general, conciliar esos dos horizontes. Balestrini no trata, ni mucho menos, de dar una solución al acertijo, por el contrario nos invita a retomar otras vías de lectura del presente que pasan, por ejemplo, por el reconocimiento de las «multiplicidades libidinales», tal y como llamasen Deleuze y Guattari a los intentos de colectivización en el presente —es decir, en el mundo post 68—¹⁴, y por la constatación de la existencia de una voluntad constitutiva que colisiona con las premisas que relacionan en nuestros días a la diferencia y la subjetividad con el hedonismo individual y político y con la consecuente muerte de la utopía. Los invisibles nos invitan a tomar conciencia de lo minúsculo, de lo residual, de lo molecular y de lo lejano, y a darnos cuenta que la creencia en un futuro mejor pasa también por el éxito de la «operación Niágara».

Por eso la historia escrita por Balestrini no termina con un punto sino que se inserta en mitad de algo más, como el inicio de lo que ya hoy se percibe. Sus protagonistas invisibles viven aquí y están entre nosotros, verlos y sentirlos no requiere de nada más que un simple ejercicio político: atreverse a mirar.

¹ Nanni Balestrini, *Los invisibles*, Madrid, Traficantes de sueños, 2007, p. 130.

² «Aquí donde un tiempo se extendía el idílico paisaje de *Los Novios* [...] aparece de un vistazo una mezcla entre el Bronx y los exterminados conglomerados urbanos japoneses», Nanni Balestrini, «Prefazione», en Sergio Bianchi, *La gamba del felice*, Palermo, Sallerio, 2005, p. 11.

³ Antonio Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertas/Prodhufo, 1994, p. 42.

⁴ Fundamentalmente en el «Libro Primero» de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 1996.

⁵ Nanni Balestrini, *Tristano*, Milano, Feltrinelli, 1966.

⁶ Fabrizio De André, «Se ti tagliassero a pezzetti» (1981).

⁷ Michel Foucault, Gilles Deleuze, «Los intelectuales y el poder», en Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 83.

⁸ Nanni Balestrini, *Lo queremos todo*, Traficantes de sueños, 2006.

⁹ Gilles Deleuze, «Spinoza y nosotros», en *Spinoza: filosofía práctica*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 156.

¹⁰ Michel Foucault, «Encierro psiquiatría y prisión», en *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza, 1981, p. 99.

¹¹ *Ibid.*, p. 108.

¹² Nanni Balestrini, *Los invisibles*, op. cit., p. 251.

¹³ Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004.

¹⁴ Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Pre-textos, 1998, p. 39.